



MANUSCRITO ENCONTRADO¹ DE PORFIRIO VALLA EN EL SEMAFORO DE _____² “DEL SEMÁFORO (SIN TÍTULO³)”

Andrés Leal
Cat - Ibagué

En esta fea ciudad, milagrosamente hay algo bello. Bellísimo. No es un prado, ni un bosquecillo, ni los ocobos florecidos; no es un río venido a menos, ni una montaña, símil de las curvas de una exuberante mujer. No. Es un semáforo. Un semáforo inútil que de veras no sirve para nada; sólo para hacer detener carros, motos y peatones sin ton ni son. La bendición dura un minuto y treinta y cinco segundos, sin embargo, a la masa vulgar y cerril, las bendiciones y la gracia los saca de sí; hacen que pierda los estribos.

¡Oh semáforo! ¡Ay semáforo! Un oasis en la autopista, en el argénteo desierto.

Urbanistas chambones, diseñadores torpes... Bestias... No obstante, a veces, sólo a veces de la estupidez brota belleza en su estado más esencial. Otras veces de lo feo y horrendo; y algunas veces, aunque casi nunca, de la ciudad, del progreso.

Ese semáforo es un milagro. Única prueba de la misericordia del inmisericorde y racional Dios.

¹ ¿O perdido?

² En el manuscrito se encuentra en blanco este espacio en blanco. Se supone que P.V. no conocía la dirección de la ubicación del semáforo. En principio pensé que dicho semáforo era invento, ficción, pero no, el semáforo existe y queda en la Calle ---- con Cra. ----. Doy fe de ello. Lo comprobé al encontrar el manuscrito.

³ Encontré mientras no buscaba este manuscrito que en principio pensé que era basura, y efectivamente era un pedazo de basura: un papel pisoteado, borroneado, arrugado y tirado al lado de un semáforo. Caminaba por la acera. En mis manos llevaba un libro, un manifiesto inútil de un tal Nuccio Ordine que encontré alguna vez en una biblioteca pública, y como era pública jamás devolví y me adueñé de él. No sabía quién era Nuccio Ordine ni me interesó su título; lo que llamó y captó mi atención fueron unas palabras escritas en la contraportada que no pertenecían al italiano sino a otro que firmaba como F.G (No puedo aseverar que el propio F.G. hubiese escrito en el libro ajeno, pero seguramente eran sus palabras): “En mis sueños de la montaña atrapé esta verdad: El ocio es la piedra de toque de las almas. La ociosidad es la madre de todos los vicios, es decir, de todos los inventos y de todas las cosas agradables...” Caminaba y me detenía a leer esa frase. Emprendía de nuevo el camino hasta que algo me detuvo largo tiempo (95 segundos); era un semáforo, un semáforo inútil que no servía para nada y al que le dedique humanas palabras: “Maldito semáforo”.